

EUSEBIA PALOMINO

Desde su pobreza, dio vida a muchos.

15 de diciembre de 1889 - 10 de febrero de 1935

Niñez

Eusebia Palomino nació en Cantalpino, Salamanca, España, el 15 de diciembre de 1889, en una familia tan rica en fe como escasa en medios. Papá Agustín, recordado por todos por su aspecto sencillo, hombre de gran bondad y dulzura, trabaja en ocupaciones ocasionales, changas, al servicio de los propietarios terratenientes vecinos, y mamá Juana Yenes se ocupa de la casa con sus cuatro hijos.

Cuando en invierno el campo descansa y escasea el trabajo, se hace sentir la falta de pan para alimentar a la familia. Papá Palomino se ve obligado a pedir limosna y ayudas a los otros pobres en los pueblecitos vecinos.

A veces le acompaña la pequeña Eusebia, de apenas siete años, que desconoce el precio de ciertas humillaciones: goza de las caminatas por senderos campestres, saltando alegremente junto a su padre que la invita a admirar la belleza de la creación y la luminosidad del paisaje, entrelazando sugerencias catequísticas que la encantan.

Después, al llegar a una casa, sonrío a la buena gente que les recibe y les pide “un pan por el amor de Dios”.

Su primer encuentro con Jesús, en la Eucaristía, cuando tenía ocho años, proporciona a la niña una sorprendente percepción del sentido de pertenencia, del ofrecerse totalmente como un don al Señor.

Tuvo que abandonar la escuela demasiado pronto para ayudar a la familia y, después de haber dado prueba de una madurez prematura al ocuparse –niña aún, ella misma – de los hijos de algunas familias del lugar mientras los padres van al trabajo, a los doce años se va a Salamanca con su hermana mayor y se pone al servicio de alguna familia como niñera a tiempo pleno.

Buscando su lugar

Los domingos por la tarde frecuenta el oratorio festivo de las Hijas de María Auxiliadora donde conoce a las hermanas, que deciden pedirle su ayuda en la comunidad. Eusebia acepta de muy buena gana y en seguida se pone manos a la obra en la cocina, acarrea la leña, limpia la casa, extiende la ropa en el patio, acompaña al grupo de estudiantes a la escuela estatal y hace encargos en la ciudad.

Algunas de estas estudiantes, casi coetáneas suyas, intuyen en su sonrisa, y también en su cansancio, la fuerza de un espíritu fuertemente anclado en algo superior; los breves encuentros – muchas veces buscados adrede en la cocina – acaban por convertirse en eficaces catequesis habituales. Al hablar con aquella humilde trabajadora, las jóvenes perciben su ardor eucarístico manifestado en la generosa solicitud por el bien espiritual de cada una de ellas; la buscan para oír de ella palabras que emanan de “una vida santa, extraordinaria”. Uno la creería – decían – persona muy culta en materia religioso-teológica. Pero era su vida, más que las palabras, la que realmente hablaba.

El deseo secreto de Eusebia de consagrarse enteramente al Señor, acrecienta y da sentido, ahora más que nunca, a su oración y a cada una de sus acciones. No se atreve a pedirlo, dada su pobreza y la falta de instrucción; no se siente digna de tal gracia. La hermana Enrique Sorbone, Vicaria General, de paso por Salamanca a la que se confía, la recibe con bondad maternal y le asegura: “No te preocupes de nada”. Y con gran satisfacción, en nombre de la Superiora General, la admite.

El cinco de agosto inicia su noviciado en preparación a la profesión. Horas de estudio y de oración, alternadas con las de trabajo, llenan los días de Eusebia que está que rebosa de felicidad. Pasados dos años – el 5 de agosto de 1924 – pronuncia los votos religiosos que la unen al amor de su Señor.

Luego de un breve tiempo en Sarriá, la destinan a la casa de Valverde del Camino, una pequeña ciudad que contaba entonces unos 9.000 habitantes, en el extremo suroeste de la Península, hacia la frontera con Portugal. Las jóvenes de la escuela y del oratorio no ocultan una cierta decepción: la recién llegada ofrece un “look” más bien de poca cosa, pequeña, pálida, fea, manos grandes y, además, con un nombre también muy feo.

Lo extraordinario en lo ordinario

A la mañana siguiente, la pequeña hermana está ya en su puesto de trabajo: un trabajo polivalente con responsabilidad en la cocina, la portería, la ropería, en el cuidado de un pequeño huerto y en la asistencia a las niñas del oratorio festivo. Disfruta de estar en “la casa del Señor todos los días de su vida”. Esta es la situación “real” de la que su espíritu se siente tan honrado y que la hace vivir en las esferas más altas del amor.

La trascendencia de Jesús que vivía Eusebia no era la de la distancia, sino la de la intimidad. Desde la sencilla cocina de la esquina del colegio de Valverde había estallado la chispa que ponía a la gente en sintonía con Jesús.

Las pequeñas se sienten pronto capturadas por sus narraciones de aventuras misioneras, vidas de santos, ejemplos de devoción mariana o anécdotas sobre Don Bosco. Lo recuerda todo gracias a una feliz memoria y sabe contarlo de una manera atrayente e incisiva, con la fuerza de su fe sencilla.

A las niñas, se añadirán poco a poco las adolescentes más inquietas, las jóvenes más críticas, que perciben en aquella monjita una fascinación inexplicable, una irradiación de santidad que entre ollas y sartenes las lleva a una realidad desconocida.

Se habla ya explícitamente de santidad, hasta fuera del oratorio. Llegan al patio, también, y observan con interés, los padres de las oratorianas, otros adultos, más adelante los seminaristas, buscando consejo. No faltarán tampoco los sacerdotes a recurrir a aquella humilde monja, desprovista, ella, de conocimientos teológicos, pero rebosante de sabiduría divina.

Todo, en Sor Eusebia, refleja el amor de Dios y el fuerte deseo de hacerlo amar: son testigos de ello, sus jornadas de trabajo y así lo confirman los temas predilectos de sus conversaciones: ante todo, el amor de Jesús por todos los hombres, redimidos por su Pasión.

El otro “eje” de su oración viva y de la catequesis de Sor Eusebia lo constituye su “auténtica devoción mariana”, que aprendió del santo Luis M. Grignon de Montfort. Es ver en María a la creyente fiel, que en su vida ordinaria es saludada y elegida por Dios para hacerle lugar a Jesús en nuestro mundo.

Mirada al futuro

Alrededor de 1930 se hacen más fuertes los aires de guerra, en España y en el mundo. Eusebia no duda en llevar hasta las últimas consecuencias el principio de “disponibilidad”, pronta, literalmente, a despojarse de todo. Tenía asma, sufría de hígado y de corazón. No importaba. Seguía amando con el optimismo gangrenado de la enfermedad. Que nuestro viaje no debe ser más allá de las estrellas, sino al fondo de nuestro propio corazón.

Moría el 10 de febrero de 1935. Todo el pueblo de Valverde tuvo un estremecimiento, alrededor de una misma convicción: “¡Sor Eusebia es una santa!”.

Durante todo el día, la entera población se acerca a sus frágiles restos, adornados con tantísimas flores. La Junta Municipal del pueblo, que no comparte en nada la fe de Eusebia, decreta unánimemente donar un nicho “a perpetuidad” para esta ciudadana, en consideración de los “relevantes méritos de virtud” y de la entrega desinteresada a la educación de los niños más pobres.

Ella y nosotros

Declarada Beata el 25 de abril de 2004, la comunidad eclesial la presenta como quien recorre un camino posible y accesible de santidad, no tanto aspirando a grandes actividades o a llamativas experiencias, sino en la vida cotidiana del creyente que encuentra en Dios la luz para guiar su camino y le pide su fuerza para recorrerlo.

La vida de Eusebia es, hoy, para nosotros, otra forma a través de la cual Don Bosco nos sigue repitiendo el mensaje que le dijo a Domingo Savio: “Dios quiere que todos seamos santos; es muy fácil lograrlo; en el cielo tiene preparado un gran premio quien se haga santo.